

La improbabilidad de la comunicación y su sorprendente probabilidad

Parafraseando a Niklas Luhmann

Juan Soto del Angel¹
Adriana Durán Mendoza²

Resumen-No sólo hay brechas comunicacionales; la comunicación, de origen, es una brecha. Cualquier signo, lingüístico o no, adquiere su sentido a partir del contexto en que se interpreta. Cada posible interlocutor tiene una historia diferente, es decir, un contexto diferente desde el cual interpreta todo signo. Los problemas entre las personas, no pocas veces, surgen de lo que se dicen; sin darse cuenta que no es por lo que se dicen, sino por lo que interpretan de lo que se dicen ¿Qué acontece, pues, cuando se comunica? Según Luhmann, tres selecciones (tres elecciones con el consecuente rechazo de otras opciones): información, participación y comprensión. *Participar* el sentido de las mismas es el propósito de la presente ponencia.

Palabras clave-Deconstrucción, comunicación, información, participación, comprensión.

I. INTRODUCCIÓN

El trabajo, si se omiten introducción, comentarios finales y referencias, consta de dos partes. La primera, orientada por Jacques Derrida, deconstruye la comunicación; la segunda, desde Niklas Luhmann, la reconstruye. A su vez, la deconstrucción se compone de tres apartados. Cuyos temas tienen que ver respectivamente con la exclusión aristotélica de un tratado de comunicación, la capacidad de repetición y de ruptura del signo respecto a su contexto de producción y, finalmente, con la inestabilidad de la significación. La reconstrucción consta de dos partes: la posibilidad y la descripción de la comunicación. La posibilidad hace ver que la comunicación no puede ser más que una *supuesta* comunicación o, mejor, una comunicación que se abrió paso y que de improbable se transformó en probable. En efecto, aunque controlables, la descripción pone de manifiesto que se trata de *malentendidos*.

II. DECONSTRUYENDO LA COMUNICACIÓN

Entre la lógica y la retórica, la comunicación

En la tarea de conocer el espíritu no es joven, por el contrario, es viejo (Bachelard, 2000). Tan viejo como los prejuicios que se sostienen. Por algún motivo, y seguramente con razón, llegan a sostenerse determinados puntos de vista. Los mismos en ocasiones resultan útiles por mucho tiempo, tanto, que se transforman en hábitos. Circunstancia que hace difícil abandonarlos cuando su función ha terminado o disminuido. Tal es el caso de la idea que se suele tener en relación con la comunicación.

Aristóteles escribió, por ejemplo, tratados de lógica y de dialéctica (1993), de igual modo que de retórica (2007). Los dos primeros se ocupan de la estructura del conocimiento; los terceros, de “los medios de persuasión acerca de cualquier cosa” (Pág. 86), incluido entonces el conocimiento. Las disertaciones de la retórica se refieren principalmente al hablante, al oyente y al discurso. Quizá, por ello, desde aquel tiempo se considera que la comunicación se constituye a partir de un emisor, un receptor y un mensaje. Bajo ese contexto, orientado por la lógica y la dialéctica, un interlocutor se abría camino a la verdad; pero, si quería persuadir de que tenía razón, la retórica le suministraba los recursos. Sin embargo, entre obtenerla y convencer de que se ostenta, está *comunicar*

¹ Juan Soto del Angel es profesor de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la Universidad Veracruzana, Veracruz, México. platon_soto@hotmail.com (autor corresponsal)

² Adriana Durán Mendoza es profesora de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la Universidad Veracruzana, Veracruz, México. aduran@uv.mx

la verdad ¿Por qué, entonces, Aristóteles, análogamente a los tratados de lógica, dialéctica y retórica, no escribió uno de comunicación?

¿Cómo persuadir de que se ostenta la verdad si no se puede hacer entender, es decir, si no se puede comunicar? El filósofo no se ocupó del tema porque no lo consideró un problema. Indica: “Una frase es un enunciado que tiene un sentido de convención, y cada una de cuyas partes separadas significa por sí algo, como simple enunciación, pero no como negación o afirmación” (Aristóteles, 1993:50). Desde luego, las negaciones o afirmaciones pueden ser verdaderas o falsas y ello es tema de la lógica o la dialéctica. Empero, el sentido por convención, al parecer único, que se atribuye a las frases y a las palabras supone que basta expresarlas para que sean entendidas o comunicadas. Así, no hace falta un tratado sobre comunicación.

En este orden de ideas, considerar que las frases y las palabras despliegan por convención un sentido único que posibilita entenderlas o comunicarlas, podría constituir la presencia de un espíritu viejo que se dispone a conocer, tan viejo como los dos mil quinientos años de la propuesta aristotélica. El reciente siglo pasado ha sido testigo ya de que muchos espíritus teóricos apuntan a rejuvenecer cuando se ocupan del asunto.

El signo, con capacidad de repetición y de ruptura

“¿Es seguro que corresponda a la palabra *comunicación* un concepto único, unívoco, rigurosamente dominable y transmisible: comunicable?” (Derrida, 1998: 349). La interrogante podría dar paso a un buen ejercicio de gimnasia mental. Una versión sintetizada y ontológica la presenta más desesperante ¿Es posible comunicar lo que la comunicación sea? La pregunta, para poder preguntarse, presume de antemano la respuesta de la propia pregunta. Lo presume, además, dos veces. Presume que se pueden *comunicar* las palabras *comunicar* (por tanto, lo que comunicar sea) y *comunicación* (por tanto, lo que comunicación sea). De otro modo no estarían incluidas en la pregunta que, también, intenta comunicarse. En efecto, la interrogante exigió “predeterminar la comunicación como el vehículo, el transporte o el lugar de paso de un *sentido* y de un *sentido uno*” (Derrida, 1998:349).

Sin embargo, Derrida pone de manifiesto que no sólo hay comunicación en el ámbito de los fenómenos de sentido. Un sismo comunica una gran cantidad de movimiento, los océanos comunican a los continentes o, si se prefiere, los continentes comunican a los océanos. Pero el énfasis en ello no tiene más propósito que destacar la complejidad del sentido de la comunicación, el cual hace blanco de sus investigaciones. Además, de inmediato somete a reflexión lo que ante un espíritu viejo suele aparecer como evidente: que el sentido de la palabra *comunicación*, y ello vale habitualmente para todo signo, se agota ubicándolo en el contexto en que se produce o emite.

El autor se ocupa del signo escrito, cuyos atributos se sintetizan a continuación. Lo considera una marca que posee capacidad de repetición, sea dentro o fuera del contexto en que se produce o emite; y, pese a ello, goza de competencia para romper con el contexto, es decir, tiene la posibilidad de significar, no sólo algo distinto a lo indicado por su contexto de producción o emisión, sino algo distinto a cualquier referencia de un contexto contemporáneo a tal contexto de producción o emisión. La palabra *comunicación* puede reaparecer en lingüística, en física o en geografía sin perder su sello; sin embargo, está en condiciones de romper con cualquier contexto en que aparezca y referir cosas distintas, por ejemplo, no es lo mismo hablar de comunicación de sentidos, de movimientos, de continentes, de mares o de cualquier otra cosa que el presente no deje ver. Que puede ir más allá de lo actual se hace evidente al considerar que todo signo es susceptible de “*ser citado*, puesto entre comillas” una y otra vez, y por lo mismo, “engendrar al infinito nuevos contextos, de manera absolutamente no saturable” (Derrida, 1998: 361-362).

Las palabras o las frases, pues, no pueden ser ya reducidas a un sentido único, al estilo de Aristóteles. La sugerencia es transformarlas en signos portadores de una marca con capacidad, a la vez, de repetición y de ruptura, más allá de cualquier contexto de producción o emisión. Además, es posible conseguir una mayor profundidad. Si se atribuye un solo sentido a las frases, lograr su clasificación y, sobre todo, distinguir unas de otras las categorías que resulten, no presenta grandes obstáculos. El filósofo griego, por ejemplo, dejó a la lógica y a la dialéctica las frases enunciativas, aquéllas en las que hay verdad o falsedad (Aristóteles, 1993). La retórica se ocuparía de las que aspiran a la persuasión; y, la poética, de las que tienen como propósito la imitación (Aristóteles, 2007).

La significación, tierra de nadie

No obstante, cuando John L. Austin (1998) se propone distinguir los enunciados verdaderos o falsos, que prefiere llamar constatativos, de otro tipo de oraciones que de manera novedosa somete a investigación y que denomina *realizativas (performative)*, las cosas resultan más difíciles de lo que parecen. Derrida (1998) ofrece algunas observaciones al respecto. Aquí, baste decir que si todo signo es capaz de “engendrar al infinito nuevos

contextos”, y por tanto nuevas significaciones, nada impide que una expresión sea constativa en un escenario y realizativa en otro o viceversa. “El caballo es blanco” admite constatarse como algo verdadero o falso; “los declaro marido y mujer”, dicho por el sacerdote en la ceremonia correspondiente, no es una frase verdadera ni falsa, sino que realiza la unión, el matrimonio. Empero, “el caballo es blanco” podría ser la frase que realiza el bautismo de un piel roja y “los declaro marido y mujer” podría formar parte de una lista de frases sujetas a la instrucción de un examen que solicite declararlas verdaderas o falsas en relación con las emisiones de un sacerdote.

A la luz de las aportaciones de Derrida y de los tropiezos de Austin se dejarían ver las dificultades de las distinciones aristotélicas. Pese a su capacidad de repetición, el sentido de un signo logra variar de manera infinita. Lo que haría complicado disipar con claridad si una expresión es enunciativa, persuasiva o poética. Incluso, el problema emerge más atrás. Derrida se muestra irrespetuoso ante la lógica aristotélica. Sostiene dos juicios contradictorios en calidad de verdaderos: un signo es repetible en diversos contextos y un signo no es repetible en diversos contextos (puesto que su sentido es mudable de manera infinita con cada contexto). Desde luego, nada de lo dicho demerita el trabajo de Aristóteles. El propósito es resaltar la complejidad del sentido del sentido y, de ese modo, abrir el camino a un sentido complejo atribuible a la comunicación.

Deconstruir es el pasatiempo favorito de Derrida y, en tanto hizo de la palabra *comunicación* su blanco, aquí se le siguió brevemente. Hace falta señalar que dejó huérfano a todo signo. Ningún contexto empírico podrá ya demandar la paternalidad de sentido alguno. Es evidente, por ejemplo, que a la filosofía aristotélica se le han imputado significaciones que van más allá de lo que Aristóteles quiso decir, incluso, más allá de lo que la Grecia clásica puede enseñar. Cuando el filósofo escribió produjo una marca que facilitó la re-producción de sus signos y la posibilidad de producción de *n* sentidos. Luego, la significación es tierra de nadie. Siempre podrá irse más allá del contexto de producción de los signos y elaborar nuevos sentidos. Las interpretaciones que se hacen de las creaciones de los griegos quizá nada tengan que ver ya con las significaciones originales, mismas que ni siquiera es posible alcanzar con seguridad. La deconstrucción de la comunicación, pues, se ha consumado. Es el momento de apelar a Luhmann (1996), partidario del *constructivismo operativo*.

III. RECONSTRUYENDO LA COMUNICACIÓN

De la deconstrucción a la posibilidad de la comunicación

Hay que precisar. La deconstrucción no ha dejado huérfano al signo, lo ha convertido en un bastardo. En una unidad que usualmente pierde su contexto de producción. Sería difícil establecer, por ejemplo, el origen empírico de todas y cada una de las palabras de una lengua. Tampoco es posible ubicar en Aristóteles el inicio de las ideas aristotélicas, pues con seguridad se vieron inspiradas por Platón, quien igual que el primero se vio influido por Sócrates, Heráclito y seguramente los presocráticos, entre otros ¿Qué griego pudo permanecer aislado de la Grecia de aquél entonces? ¿Qué hombre puede permanecer aislado del mundo en la época contemporánea? Pero no sólo pierde su contexto de producción. El signo viaja con un sentido y degenera en otros, sin que pueda lograr asilo en algún contexto que le conceda su última significación. Va de contexto en contexto adquiriendo sentidos diferentes de manera ilimitada. Sin embargo, no es posible hacer tal cosa más que bajo la forma de la repetición o re-producción. Que implica la repetición del algún sentido, puesto que de otro modo no sería capaz de provocar entendimiento alguno. Paradójicamente: el signo significa lo mismo para poder significar otra cosa. Incluso, significa lo mismo pese a la exclusión de cualquier contexto, y esto quiere decir, pese a la exclusión de cualquier interlocutor.

El signo, pues, se ha convertido en un bastardo. Por una parte, pierde su contexto de producción; por otra, degenera en cualquier sentido ¿Es así? ¿Todo va? ¿Cualquier sentido es atribuible a un signo determinado? ¿Cuál es la probabilidad de la comunicación ante interlocutores con vidas diferentes, es decir, ante interlocutores orientados por contextos diferentes en la determinación del sentido? La lógica indica que ninguna. Luhmann (1998a) plantea una pregunta previa y ofrece una opción: “¿Hasta dónde los interlocutores deben ser capaces de entenderse para poder comunicarse?” (Pág. 117). Puesto que nadie logra entrar en la conciencia de otro, los interlocutores permanecen intransparentes entre sí. No obstante, consiguen observarse al menos como *black boxes* (Pág. 118), como *input* y *output* (Pág. 119). La certeza falta, la incertidumbre reina. Entonces, calculan. Es casi seguro que la oscuridad de las cajas los hagan error. Pero finalmente aprenden, al grado de que sus expectativas se vuelven estables. Tales expectativas estables constituyen los puntos de contacto entre los interlocutores y, pese a que cada uno las interpreta desde su particular punto de vista, orientan su conducta con ellas. Cualquier término de alguna lengua constituye un buen ejemplo. Aunque desde su perspectiva, es decir atribuyendo un significado *diferente*, cada interlocutor *espera* que se entienda más o menos *lo mismo* con la

palabra *comunicación*. “Por medio de su simple suposición, generan certeza de realidad” (Pág. 118) y es que “les va mejor en su relación mutua si mutuamente suponen determinabilidad” (Pág. 118). He allí la posibilidad de la comunicación. Desde luego, hay “malentendidos más o menos extensos, pero se tratará (...) de malentendidos controlables y corregibles” (Pág. 143), puesto que las expectativas estabilizadas se transforman en sistemas sociales que operan con medios de comunicación eficaces. Expuesta la posibilidad de la comunicación, se intentará describir.

De la comunicación a los sistemas sociales

Calculándose recíprocamente, pues, los interlocutores dan lugar a expectativas que llegan a estabilizarse y, más tarde, a orientarles. La mismidad de los signos expuesta por Derrida no es otra cosa que la condensación de expectativas estabilizadas: los interlocutores asumen que significan lo mismo, aunque cada uno les otorgue sentidos diferentes. Ahora, en vez de signo o expectativa, se hablará de *información* (Luhmann, 1998a), que “se da siempre y cuando un acontecimiento selectivo (externo o interno) pueda accionar selectivamente en el sistema, es decir, cuando pueda seleccionar estados de sistema” (Pág. 61). He aquí la propuesta de un padre para el bastardo. En este *contexto*, un sistema elige estados de sistema y da origen a informaciones: verdad, delito, milagro, propiedad constituyen selecciones de estados de sistema o sentidos (relativos a estados de sistema) producidos respectivamente por la ciencia, el derecho, la religión y la economía. Huelga o salario producen una selección si se originan en las organizaciones sindicales; otra, si provienen del derecho. En fin, “te quiero” es atribuible al menos en general a la interacción. Verdad es una información de la ciencia que describe un estado propio. Lo mismo es posible decir del delito y del milagro en relación con el derecho y la religión respectivamente. Desde luego, si la ciencia produce la selección de sentido en relación con el milagro o la religión con respecto a la verdad, las referencias serían externas.

Dada la *información*, está lista para la *participación* (Luhmann, 1998b) o *expresión* (Luhmann, 2009). Es decir: “alguien debe seleccionar una conducta que comunique esta información, deliberada o impremeditadamente” (Luhmann 1998a). Verdad, delito, milagro, propiedad, huelga o salario (sean producidas por las organizaciones sindicales o por el derecho), “te quiero” son informaciones disponibles. Lo cual no quiere decir que la significación atribuida por el sistema coincida con la significación atribuida por los interlocutores que decidan participarlas, puesto que uno y otros sólo pueden hacerlo desde su propia perspectiva. No obstante, los interlocutores están en condiciones de participarlas o expresarlas, lo que implica seleccionar una manera de hacerlo, y serán responsables incluso si actúan de modo involuntario. La selección que produce la información y la selección de la conducta que tiene como propósito participarla (gestos, entonación, distancia, etc.), se hace hincapié, son dos selecciones.

“Lo decisivo es que la tercera selección se pueda basar en la diferenciación entre información y su comunicación” (Luhmann 1998a). Dada la *participación* de la *información*, procede la *comprensión* (Luhmann, 1998b). Cuando reciben la *participación* de una *información*, los interlocutores despliegan la *comprensión*. Misma que radica en elegir una diferencia entre la información y su participación (o expresión), o quizá mejor, en un “mal entendimiento de esta expresión y de su información” (Luhmann, 2009). Un científico, un jurista o un sacerdote deciden participar alguna de las informaciones citadas antes, no importa el sistema que las origine, tampoco si la referencia es interna o externa. Otro interlocutor, sea científico, jurista, sacerdote, de otra profesión o sin ella, genera la *comprensión*, es decir, selecciona una diferencia entre la información participada y la forma de participación de la información. Empero, sólo es posible fundar una diferencia si se atribuye sentido a los elementos diferenciados, ¿de qué otro modo? Luego, la comprensión se logra siempre y cuando el interlocutor atribuya sentido a la información participada y a la forma de participación o expresión. Además, no puede hacerlo más que desde su propia perspectiva. Por tanto, análogamente a lo que pasa en el caso del interlocutor que participa la información, la significación atribuida por el sistema y la significación atribuida por el interlocutor que comprende la información tampoco coinciden. De más está decir que los interlocutores concuerdan menos. De allí que se hable de un “mal entendimiento de esta expresión y de su información”. En todo esto se reconoce lo que con Derrida se había dicho: el signo (la información, en términos de Luhmann) significa lo mismo (el sentido atribuido por el sistema) para significar otra cosa (el sentido atribuido por los interlocutores). También lo que se sustentó con Luhmann: unos para otros, los interlocutores son *black boxes*.

Pero asimismo se dijo que las expectativas de los interlocutores llegan a estabilizarse, al grado de orientarlos y formar sistemas. Cosa que ahora puede conseguir mayor claridad. La comunicación es la unidad de tres selecciones: “selección de información, selección de la expresión de esta información y una selectiva comprensión o mal entendimiento de esta expresión y de su información” (Luhmann: 2009). Es importante hacer énfasis en que se trata de una unidad de tres cifras. “No basta, por ejemplo, con que un ser humano vea u oiga a otros seres

humanos –a no ser que observe esta conducta con ayuda de la distinción entre participación (*Mitteilung*) e información” (Luhmann, 1998b: 58). Si es así, la conducta será una forma de *participar o expresar* (voluntaria o involuntariamente) una *información* y, al distinguirse una (la participación o expresión) de otra (la información), se dará lugar a una *comprensión* o (*mal*) *entendimiento*. En este sentido, la comunicación coordina tres selecciones. Tarea que se facilita y enriquece con el surgimiento del lenguaje. Cuyos dispositivos, en calidad de expectativas estabilizadas, regulan la *supuesta* comunicación. *Supuesta* no quiere decir ficticia. Se trata de una comunicación improbable que sorprendentemente se ha hecho probable. Con tal fuerza que ha dado lugar a sistemas sociales. De los cuales sólo se han citado algunos ejemplos. Con la intención de promover sentidos *diferentes*, baste *repetir* algunos en este *nuevo* contexto. La verdad en tanto producción de la ciencia es tan estable que se considera verdadera, habiéndose olvidado que es una producción; el delito es tan estable que se considera delictivo, olvidándose que se trata de una producción del derecho; en fin, el milagro es tan estable que se considera milagroso, olvidando que si es tal se lo debe a la religión.

IV. COMENTARIOS FINALES

Resumen de resultados

El trabajo no tiene grandes pretensiones. Su propósito es modesto: estimular el estudio de la comunicación bajo teorías contemporáneas de conocimiento. Frente a las limitaciones de algunas propuestas aristotélicas, se formularon los planteamientos correspondientes del *deconstruccionismo* de Derrida y del *constructivismo operativo* de Luhmann. Aquéllas sostienen que la comunicación se reduce a la transmisión de sentido. Derrida concibe al signo como una marca simultáneamente repetible y mudable, puesto que significando lo mismo significa inagotablemente distintas cosas. Luhmann, por su parte, ofrece un concepto de comunicación altamente complejo: la *comprensión* o selección de una distinción entre una *información* y la forma de *participación* o expresión de tal información. Unidad de tres selecciones cuyo enlace a otras unidades de tres selecciones (es decir, a otras comunicaciones) da lugar a la estabilidad de expectativas y, más tarde, a sistemas sociales.

Conclusiones

Tales resultados no sólo ponen de manifiesto la insuficiencia del concepto de *comunicación* comúnmente sostenido, señalan también las limitaciones de la teoría tradicional del conocimiento en que surgió. En efecto, tanto Derrida como Luhmann operan con reflexiones que desafían la lógica aristotélica. El primero, por ejemplo, niega toda presencia, o si se prefiere, todo ser. El segundo no sólo rechaza toda ontología, propone como única forma de conocimiento la observación de observadores; y, los observadores no necesariamente son sujetos, sino sistemas. En conclusión, para desarrollar sus investigaciones han tenido la necesidad de formular nuevas epistemologías.

Recomendaciones

Por tal motivo, si se desean mayores rendimientos en las investigaciones, se sugiere acudir a epistemologías emergentes. Las distinciones iniciales tradicionales, pensamiento/ser y sujeto/objeto, resultan ya insuficientes para describir la sociedad actual. Sólo por ilustrar. Si Derrida hubiera preguntado por el *ser* del signo, hubiera tenido que responder lo que es *siempre*, pues ello suele entenderse por *ser*. Nunca, por tanto, propondría un signo repetible, y a la vez, mudable. Si Luhmann se hubiera dejado llevar por la teoría del sujeto, de ningún modo hubiera llegado a la concepción de sistemas sociales, a los cuales atribuye también la calidad de observadores. Derrida y Luhmann no son los únicos teóricos que han desafiado la epistemología tradicional, hay varios más. De nuevo, si el propósito es lograr mayores rendimientos en las investigaciones, se sugiere apelar a ellos.

V. REFERENCIAS

Aristóteles. “Tratados de lógica (El organon)”, Porrúa, México, 1993.

Aristóteles. “Arte retórica”, Porrúa, México, 2007.

Austin, J.L. “Cómo hacer cosas con palabras”, Paidós Studio, España, 1998.

Bachelard, Gastón. “La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo”, Siglo XXI Editores, México, 2000.

Derrida, Jacques. "Márgenes de la filosofía", Cátedra, España, 1998.

Luhmann, Niklas. "La ciencia de la Sociedad", Universidad Iberoamericana/ITESO/Anthropos, México, 1996.

Luhmann, Niklas. "Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general", Anthropos/Universidad Iberoamericana/CEJA, Pontificia Universidad Javeriana, España, 1998a.

Luhmann, Niklas. "Complejidad y modernidad: de la identidad a la diferencia", Trotta, Madrid, 1998b.

Luhmann, Niklas "¿Qué es comunicación?" *Casa de musas* (en línea), 2009, consultada por Internet el 15 de septiembre del 2009. Dirección de Internet: <http://www.casadasmusas.org.br/default.htm>

El Dr. **Juan Soto Del Ángel** es académico de Carrera Titular C de la Universidad Veracruzana, con las siguientes líneas de investigación: comunicología, filosofía, ciencias humanas y complejidad. Perfil Promep 2000-2003 y 2009-2012. Ha participado en diversos foros nacionales e internacionales (AMIC, CONEICC, ALAIC, entre otros) con ponencias, artículos y otras publicaciones. Ha participado en la redacción y en la edición de medios impresos.

La Mtra. Adriana Durán Mendoza es profesora de la facultad de Ciencias de la Comunicación a nivel licenciatura y maestría. Ha participado en diversos congresos nacionales e internacionales como ponente. Ha publicado diversos artículos en revistas arbitradas. Tiene Maestría en Comunicación y Tecnologías Educativas en el ILCE. Actualmente es candidata a Doctor en Comunicación por la Universidad Veracruzana. Su desarrollo profesional es en Televisión. Su línea de investigación: comunicación, salud y familia.